XI CERTAMEN LITERARIO

CEPAS

CIUDAD LINEAL
COLMENAR VIEJO
DAOÍZ Y VELARDE
DISTRITO CENTRO
DULCE CHACÓN
GLORIA FUERTES
HORTALEZA
LA MESTA
S.S DE LOS REYES
SIERRA NORTE
TETUÁN
VILLAVERDE
VISTA ALEGRE

2017

XI Certamen Literario

Intercentros de Educación de Personas Adultas

Organizado por los Centros de Educación de Personas Adultas:

Ciudad Lineal
Colmenar Viejo
Daoíz y Velarde
Distrito Centro
Dulce Chacón
Gloria Fuertes
Hortaleza-Mar Amarillo
La Mesta
San Sebastián de los Reyes
Sierra Norte
Tetuán
Villaverde
Vista Alegre

Fotógrafos:
Luis Fernando Roldón Tolosana
Pablo Daries Pascual

Depósito Legal: M-4568-2017
ISSN: 2387-192 X

http://certamenliterariocepa.blogspot.com.es

Agradecimientos:
Junta Municipal de Distrito de Ciudad Lineal, Subdirección General de Centros de Enseñanza Secundaria, Direcciones de Área Territorial Madrid Capital, Madrid Norte, Madrid Oeste y Madrid Sur.

Índice

Presentación

Tania Domínguez García, profesora del CEPA San Sebastián de los Reyes **3**
Rodrigo Sancho Ferrer, escritor, Premio Adonáis de Poesía 2015 **6**
Antonio Páramo de Santiago, Subdirector Gral. Centros Enseñanza Secundaria **9**

Relatos

Primer premio
Alicia
Sergio Reinado Casasola CEPA Gloria Fuertes Navalcarnero **12**

Segundo premio
De palique
Rafael Sánchez Martínez CEPA Dulce Chacón **14**

Tercer premio
El extraño Perfume
José Enrique Pérez Sánchez CEPA Vista Alegre **16**

Cuartos premios **18**

Cierre del Acto

***Orende el Mito*, grupo musical** **38**

Presentación

Tania Domínguez García
Profesora del CEPA San Sebastián de los Reyes

Distinguidas autoridades, compañeros, alumnos y amigos: bienvenidos al XI Certamen Literario Intercentros de Educación de Personas Adultas de la Comunidad de Madrid.

En 1917 publicaba Antonio Machado *Soledades. Galerías. Y otros poemas*. En el prólogo a *Soledades* había presentado un verdadero manifiesto poético en el que definía la poesía como «una honda palpitación del espíritu […] en respuesta al contacto del mundo». Diecinueve años más tarde, en 1936, salía a la luz su *Juan de Mairena (sentencias, donaires, apuntes y recuerdos de un profesor apócrifo).* Hoy, desde aquí, ahora que alumnos y profesores estamos reunidos para celebrar un acto que rinde homenaje a la Literatura, quiero recordar con todos vosotros al gran maestro inventado por Machado, pero ya tan real —que diría Unamuno— como su propio autor. Advirtamos que en sus clases Mairena no solo hablaba con sus alumnos de Retórica o de Literatura: juntos analizaban cuestiones sociales, políticas y filosóficas, lo que llamaríamos una verdadera «filología o filosofía del espíritu» en la que, unidas, las artes todas y la vida se mezclan en una realidad inseparable.

Mucho se ha discutido y no han sido pocos los escritores que han concebido la literatura como un arte puro en sí mismo ('el arte por el arte') mientras otros la utilizaban, en momentos históricos de urgencia, como arma de combate, como instrumento para transformar el mundo. Con la literatura se han denunciado las guerras (*El poeta en la calle* de Rafael Alberti; *Viento del pueblo* y *El hombre acecha* de Miguel Hernández) y el fascismo ideológico (*Pido la paz y la palabra* de Blas de Otero; *Lo demás es silencio* y *Cantos iberos* de Gabriel Celaya); con la literatura se ha tratado de reformar una moral colectiva (tal era el pensamiento ilustrado). No obstante, y sin entrar en polémicas, lo innegable es que quien tiene la palabra y el dominio sobre ella, tiene el poder. Pero esto ya no es un secreto para nosotros.

Y es ahí donde juega un papel vital nuestra labor como docentes, no solo como transmisores del saber sino como espuelas del librepensamiento y la creatividad. En unos tiempos en los que los planes de estudios han relegado la Literatura a un lugar secundario, nuestro papel es decisivo y no transigimos. La sensibilidad artística es una necesidad y una capacidad inherente al ser humano que hay que cultivar en nuestras aulas, pero no desde el principio de autoridad, sino, como decía Juan de Mairena, a través del diálogo «a la manera socrática».

Despertemos en nuestros alumnos la sed y el hambre de Literatura. Es un privilegio para nosotros.

Vosotros, «artistas imaginadores», llamaba Mairena a sus discípulos. Y nosotros aquí, en la celebración de este certamen de relatos, estamos convencidos de que merecéis ese título. Habéis demostrado la capacidad de crear, de inventar ficción, de descubrir lo nuevo en cada detalle y en cada momento, de ahondar en las profundas simas del alma. En actos como este reivindicamos que en los tiempos que corren la cuestión del Arte sigue siendo aún una cuestión esencial, social y vital para todos.

Antes hemos nombrado de pasada a Miguel Hernández. Este año se cumplen 75 años de la muerte del poeta de Orihuela en la Cárcel de Alicante. Desde aquí queremos honrar y recordar al poeta de *El rayo que no cesa*, el que, desde su impotencia y desolación, escribía sobre un trozo de papel higiénico, ya en los últimos años de su vida, una de las más conmovedoras canciones de cuna: las *Nanas de la cebolla*.

Se conmemoran también 200 años del nacimiento de José Zorrilla, el autor que consolidó en el mundo contemporáneo el mito del Don Juan; 150 del de Vicente Blasco Ibáñez, del que recordamos su lucha comprometida por el progreso y la libertad. Hace 100 años nacían Gloria Fuertes y José Luis Sampedro, obstinado vitalista que tanto clamó por el derecho a una educación y a un pensamiento libres. En la Literatura y en la escritura contemplaba un proceso constante de conocimiento interior y de prolongación de la vida en un plano ilusorio o imaginado: «Escribir es vivir en muchos sentidos». «Hay que vivir, para vivir hay que ser libre, para ser libre hay que tener el pensamiento libre y para tener el pensamiento libre hay que educarse».

Este año conmemora igualmente el nacimiento del mexicano Juan Rulfo, autor de *Pedro Páramo*, novela que ha sido considerada una de las cumbres de la literatura española y universal y de una gran influencia en el desarrollo del realismo mágico. Y, en relación con dicho movimiento literario, este año se cumplen 50 años de la publicación de *Cien años de soledad* de Gabriel García Márquez, novela excepcional ya desde el primer párrafo y calificada por la crítica como «el Quijote americano».

Queremos homenajear desde aquí, en un acto dedicado al Día del Libro, a Eduardo Mendoza, que el pasado jueves recibía el Premio Cervantes y confesaba la deuda que tenía, como escritor y como persona, con el autor de *El Quijote*. No debemos olvidar nunca el legado que queda atrás. Todos los que estamos aquí creemos en el poder libertador de la Literatura ante las cadenas de la sociedad y las limitaciones de la propia vida.

El gran pensador que fue Miguel de Unamuno puso en boca de una de sus *criaturas* —como le gustaba llamar a sus personajes— una reflexión que no puede dejarnos indiferentes: «Cosas de libros… cosas de libros… ¿Y qué no es cosa de libros […]? ¿Es que antes de haber libros en una u otra forma, antes de haber relatos, de haber palabra, de haber pensamiento, había algo? […] ¡Cosas de libros! ¿Y quién no es cosa de libros?».

A esa gran *nivola* que fue *Niebla* pertenece este fragmento. Así concebía Unamuno la vida: como sueño, como nebulosa. Y a esa misma concepción responde *Vaho*, el libro de poemas de Rodrigo Sancho Ferrer que fue galardonado con el *Premio Adonáis* 2015. Nosotros no subestimamos el poder de la palabra y, mucho menos, el de la Literatura, que trabaja con palabras y con silencios en muy distintos planos de significación. Con el beneplácito de su autor, comparto con vosotros los versos que cierran un poema de *Vaho*:

«Pues habría que ver, como decía aquel, / si es verdad que el poema vale / por lo que no dice / o no se ve / y es lo que finalmente / —poema iceberg— / es capaz de hundir los trasatlánticos / o acribillar armaduras / como son capaces las raíces / de ese simple brote casi seco / de levantar las piedras del jardín / y hacernos tropezar».

Crónica

Veintisiete de abril,
gran **Certamen Literario**
en el **Príncipe de Asturias;**
lleno el salón, rebosando.
Literarias efemérides
Tania[1] nos ha recordado
Soledades de *Machado,*
de *Zorrilla* el nacimiento,
también primer centenario
de *Sampedro y Gloria Fuertes*…
El valor de la palabra,
de la palabra el poder,
soñar, inventar, crear,
sentir, luchar… con *Miguel*…

Don **José Moreno Arrones**[2]
calurosa bienvenida
da a los que han participado
en *literaria movida.*

Rodrigo Sancho Ferrer[3]
desgrana a continuación
varios poemas de ***Vaho***,
proceso de creación,
partir del propio silencio,
escribir, prueba y error,
quedarse con uno mismo,
matices de la expresión…

Con una ***flor*** y un ***diploma***
se valora a los premiados.
La **Mesa** presidencial
los entrega con agrado
entre fotos y entre vítores
y entre cálidos aplausos.

Doña **Regina Bedoya**[4]
a concejala y presentes
expresa agradecimiento.
La formación permanente
es la meta de las **CEPAS**
comenta a los asistentes…
Y cita a los directores
que en la sala están presentes.

Habla allí el **Subdirector**[5].
A todos manda saludos,
recuerda el lema del año:
buscar, seguir nuevos ***RUMBOS…***
que todos somos camino,
encrucijadas, adultos,
constructores de destino,
ser "rumbosos", un gran lujo…

Se procede a la lectura
de los relatos premiados:
- Mirada al infinito
un ***perfume muy extraño***[6]***,***
no recordar el ayer,
música, flores y abrazo,
último rumbo de vida
último rumbo trágico.
- Monólogo de ***Palique***[7]***,***
de batallas mil recuerdos,
ganas de hablar uno mismo,
gracia y humor retrechero…

- *Refugio y cobijo,* ***Alicia***[8]***,***
dura y cruel infancia,
compañeros que le pegan,
soledad, desesperanza..
Después, razón nueva vida,
ser bueno, nueva esperanza,
compañera, nuevo amor,
un nuevo ***rumbo*** *que avanza…*

El grupo **ORENDE** al final
cierra el acto con sus cantos;
voz, guitarras, batería
levantan bien nuestros ánimos.

Otro año, el undécimo,
del **Certamen Literario.**
Centro **Príncipe de Asturias,**
dos mil diecisiete el año,
trece los **CENTROS DE ADULTOS**
Día del Libro: gran acto.

Arturo Santos Cordero
Catedrático de Lengua y Literatura.

[1] Tania Rodríguez, presentadora del acto.
[2] Asesor de la Junta Municipal de Ciudad Lineal
[3] Premio Adonais de Poesía 2015
[4] Exdirectora del CEPA Ciudad Lineal
[5] D. Antonio Páramo Santiago. Subdirector General de Educación Secundaria
[6] Tercer premio; José Enrique Pérez, CEPA Vista alegre
[7] Segundo premio: Rafael Sánchez, CEPA Dulce Chacón
[8] Primer premio: Sergio Peinado, CEPA Gloria Fuertes.

Discurso

Poeta, Premio Adonáis de Poesía 2015

Rodrigo Sancho Ferrer

Si acaso estoy aquí dirigiéndoos estas palabras es porque un día me puse a escribir. Es cierto que no fue una decisión premeditada, un plan, algo que empecé a hacer porque estaba aburrido. Aquellas primeras palabras nacieron de la necesidad y del silencio. Decía Pessoa, un maravilloso, extraño y pesimista escritor portugués que escribir era su manera de estar solo. Es un bonito modo de expresarlo: muchas veces sentimos ese vacío, ese apagarse de muchas cosas, ese espacio en el que nos hemos quedado solos. Hay gente que teme esos momentos como si en cualquier instante fueran a aparecerse dragones, monstruos, drones destructores. Si uno supera ese primer miedo, ese atenazamiento, si uno comienza a entenderse con uno mismo, esos silencios pueden llenarse de muchas cosas bellas. Quizá penséis que es fácil decirlo, pero ¿cómo escribir? ¿sobre qué escribir? ¿Para qué escribir? ¿Por qué hacerlo? Hay millones de vídeos en *youtube*, decenas de mensajes de *Whatsapp* sin contestar, amigos esperando en el portal… Lo primero, probablemente antes de escribir, consiste en leer. Porque leer implica también ese silencio, ese poner voz interior a las palabras escritas por otros. Porque leer implica emocionarse, compartir maneras de ver el mundo, descubrir las maravillas que otros descubrieron antes. Así es como uno empezó a escribir: leyendo a los demás, sintiendo la necesidad de imitar esas maneras de contar el mundo, la necesidad, sobre todo, de contar el propio mundo que uno tenía alrededor.

Se puede escribir sobre lo que sucedió durante el día, sobre aquello que nos resultó extraño, nos sobresaltó, nos llenó de alegría o de tristeza. Pero, ¡qué horror muchas veces al leer esas primeras reflexiones! No pasa nada. Es normal. Nadie escribe, la primera vez, grandes pensamientos que cambiarán el destino de la humanidad. La escritura se basa sin duda en la prueba y el error. Es una aprendizaje que no termina nunca. Pero solo practicando se puede llegar a aprender ese arte. Comenzando una y otra vez, contando cien veces las mismas cosas. Por ejemplo, que amanece todos los días, pero nunca lo hace, si os fijáis, del mismo modo. O quizá sí: pero las palabras, las palabras pensadas y escritas, pueden darle mil matices a una misma acción. Pessoa, el poeta del que os hablaba antes, llevaba una vida aburridísima. Jamás salió de las mismas cuatro calles en el centro de Lisboa. Pero fue capaz de inventarse personajes con personalidades distintas y crear decenas de mundos y vidas de la nada. Le bastaba un detalle. Al fin y al cabo, las cosas están ahí para ser contadas. No creáis, por ejemplo, que uno lleva una vida llena de aventuras súper excitantes. Me levanto cada mañana para ir a trabajar como arquitecto, llego tardísimo a casa, estoy cansado, hay un interesantísimo partido de Champions en la televisión. Pero hago

el esfuerzo de encontrar un pequeño espacio de tiempo, un rincón en el día, para tomar distancia e intentar dejar unas palabras escritas. Que el cielo se llenó de vencejos tal día de la primavera, que mi chica estaba guapísima y radiante, que echo de menos a mi familia. Y si el cansancio es demasiado, uno puede simplemente leer. Es el agua que hará crecer las raíces de las palabras que llegarán luego. De *nuestras* palabras. Y si ni siquiera para leer quedan fuerzas, o no encontramos las gafas, podemos simplemente tumbarnos, escuchar algo de música, cerrar los ojos: ir escribiendo en algún hueco de nuestra mente.

David Foster Wallace, otro escritor fascinante y extraño, contaba una vez la anécdota de dos peces que nadando en el mar se encuentran con un tercero, un poco más viejo. Este les pregunta, con total normalidad, "Buenos días chicos, ¿cómo está el agua?" Y los dos peces jóvenes nadan un poco más y entonces uno de ellos se vuelve hacia el otro y dice "¿Qué diablos es el agua?" Muchas veces damos todo por sentado. Muchas veces creemos que no hay nada más allá de lo obvio, pero como os decía antes, las cosas están ahí para ser contadas, desentrañadas, descubiertas. Sólo debemos fijar nuestra atención –esa atención que nos arrebatan a cada momento hoy los dispositivos, las actualizaciones…– en lo que queramos fijarla. Os voy a poner un ejemplo práctico, basándome en uno de los poemas que leeré a continuación. No es que suela especialmente revelar en prosa las ideas o lo que creo que queda suficientemente dicho en un poema. El poema se llama *Estaciones*. Está basado en una historia bellísima, una de las más antiguas historias, contenida en la Odisea. Ulises se ha marchado a la guerra de Troya. Lleva años fuera, en su tierra todos le dan por muerto. Su mujer aún mantiene la fe, pero a su alrededor se acumulan pretendientes que desean ocupar el puesto de su marido. Ella, tras mucho resistirse, asume la realidad de que Ulises ya no volverá y acepta elegir a uno de entre los pretendientes. Solo pone una condición: ha de terminar primero un gran tocado. Los hombres, ansiosos, aceptan a regañadientes. Penélope teje durante el día lentamente. Cuando llega la noche y se retira a sus habitaciones, deshace el trabajo hecho, para que su condición no se cumpla jamás, para poder esperar eternamente a su amado perdido. En el poema esta bella historia se amplificaba enormemente. Un día de principios de otoño, observando la esperada caída de las hojas, pensó uno en esa repetición que nos ofrece el paso de las estaciones. Y pensé luego en que de alguna manera el mundo, todo lo que nos rodea, la naturaleza, podía ser ese gran telar que alguien hace y luego deshace, alargando una espera. Pensé claro, cómo de grande debería ser un amor para que valiera la pena tamaña empresa. Sólo pensarlo da miedo: andar invisible por el mundo, haciendo caer las hojas de todos y cada uno de los árboles del mismo. Era solo un ejemplo, quizá no muy bueno, pero sirve para explicar esa idea del descubrimiento. Al final, consiste en darle una interpretación nueva a algo que sucede de todos modos, y que se debe básicamente a la inclinación que toma el globo terrestre en esa época del año respecto a la estrella sol.

Estas son siempre grandes preguntas, así que sólo podemos responderlas con aproximaciones. Si algo os puede decir uno, es que escribir puede servir para conocerse a uno mismo. Que puede servir para superar la tristeza o la pena de una pérdida, o para dejar constancia de una enorme alegría. Puede servir para hacer reír a los demás, para emocionarles o hacerles pasar miedo. También para intrigarles o dejarlos absolutamente fascinados. ¿no os paso con las series que tanto éxito tienen hoy en día? Todas ellas nacen de una historia, de un guión, un texto que alguien imaginó y plasmó con palabras.

Así que os diría, a todos, alumnos, visitantes, miembros del jurado, a mí mismo. Si no lo hacéis ya: escribid. Si lo hacéis, pero casi nunca tenéis tiempo: no desfallezcáis. Si lo hacéis todo el tiempo, y bien: os envidio profundamente.

Muchas gracias a todos.

Palabras de

Antonio Páramo de Santiago
Subdirector General de Centros de Educación Secundaria

El Subdirector General de Centros de Enseñanza Secundaria de la Consejería de Educación, Juventud y Deporte de la Comunidad de Madrid, don Antonio Páramo de Santiago, cerró la presentación del Acto.

Agradeció en primer lugar la invitación al evento y dio la enhorabuena a todos los participantes y a los ganadores, en particular, y a los centros organizadores. A continuación, destacó la importancia de la red de Centros Públicos de Educación de Personas Adultas como dadores de segundas oportunidades y como referencia de la educación continúa a lo largo de la vida. Los relacionó, por tanto, con el lema del concurso "Rumbos", recordándonos que todos en la sociedad somos caminos y encrucijadas, *rumbosos* en la segunda acepción recogida por el diccionario de la RAE: *desprendidos, dadivosos*.

Agradecemos su participación en el evento y también sus generosas palabras para con nuestra labor.

Obras premiadas

Relatos

Primer premio

Alicia
Sergio Peinado Casasola
CEPA Gloria Fuertes

Segundo premio

De Palique
Rafael Sánchez Martínez
CEPA Dulce Chacón

Tercer premio

El extraño perfume
José Enrique Pérez Sánchez
CEPA Vista Alegre

Cuartos premios

¡Ahí voy!
Carmen Puebla Calvo CEPA Vista Alegre

Lágrimas de vida
Luisa Talón Perea CEPA Sierra Norte

Con Suerte
Susana Vadillos Pérez CEPA Daoíz y Velarde

Hacia otras rutas
Alegría Fernández García CEPA Dulce Chacón

Sentimientos desde el norte
Francisco José Lada Martín CEPA La Mesta

Tren con destino a Felicidad efectuará parada en…
Miguel Ángel González de la Cruz CEPA Hortaleza- Mar Amarillo

Un destello destructor
Miguel Ángel Martínez Martínez CEPA Gloria Fuertes

Mar siniestro
Waile Hijji CEPA Tetuán

Buscando un camino
Sonia Luzón Sacristán CEPA Colmenar Viejo

Azul y Castaño
Virginia Sabater CEPA Ciudad Lineal

Perseverancia
Sonia Olaya Sáez CEPA Villaverde

La paz de mi mirada
Juan González Casado CEPA Distrito Centro

La relevancia
Julián Castro González Cepa San Sebastián de los Reyes

Relatos

Primer premio

Alicia

Sergio Peinado Casasola
CEPA Gloria Fuertes

De pequeño leí *Alicia en el país de las maravillas* y me encantó. Quizá por ser de la misma edad que Alicia en esa aventura, me sentía partícipe en la historia, como si ella y yo fuéramos de la mano recorriendo ese extraño y maravilloso mundo que no entendía, pero que tampoco necesitaba entender todavía. Para mí era refugio y cobijo en esos días en los que el mundo, que a esa tierna edad estaba constituido por mi propia casa como patria y todo lo demás como país ajeno y vecino, se tornaba oscuro, triste e incluso peligroso en más ocasiones de las que me gustaría reconocer. Nunca conocí a mi padre. Tampoco a mis abuelos. Desde que tengo uso de razón siempre fuimos mi madre y yo.

En el libro, Alicia comenzaba en el campo, pasando la tarde con su hermana. Siempre deseé tener una hermana mayor por la visión idílica que me proporcionó el libro. Seguramente suena extraño ya que la hermana no hace nada en el libro. Pero en la escena final, cuando despierta a Alicia, lo hace con un cariño que me reconfortaba. La envidiaba. Además, la niña, excitada por el extraño sueño que había tenido, no pierde el tiempo y se lo cuenta de principio a fin. La hermana no solo escuchaba y disfrutaba con la historia, sino que después, cuando Alicia terminaba de narrar, la hermana sentía que ella también había estado allí. Siempre pensé: "Vaya, ella también puede ir". Eso me era suficiente para tenerle cariño.

Suponía que mi madre no podría ir. Eran pocas las ocasiones en las que ella me dejaba hablar demasiado tiempo. Además, seguro que me habría recriminado por hablarle de sueños y estupideces. Por supuesto, no siempre era así. Había días en que, por alguna razón, mi madre dejaba de lado el color rojo de la Reina de Corazones para volverse de un azul claro, extrañamente cálido, que me envolvía y me producía una felicidad que me era extraña, pero no por ello menos placentera. En esos momentos siempre recordaba al sombrerero y a la liebre atrapados por siempre a la hora del té. Deseaba de todo corazón poder parar el tiempo con ellos y vivir siempre con esa madre que raramente se mostraba, pero que existía, y que con el mismo capricho con el que había venido, se iba.

Con el paso de los años, Alicia no crecía, pero yo sí. Los pocos colores con los que en mi infancia se me permitió

pintar mi realidad, se fueron quedando sin brillo. Los golpes e insultos de mi madre comenzaron a aumentar en fuerza y asiduidad. Poco a poco, el infame trato que me profesaba la única persona que tenía en el mundo, fueron moldeando sobre mi alma una desesperanza y pesimismo tales que no solo me quedé sin risa, también agoté mi llanto. Además, parecía que mi madre y los compañeros del colegio llegaron a un acuerdo sin conocerse ni hablarse, ellos golpeaban mi cara y mi madre el cuerpo. Así repartirían su rutinaria labor.

Mi madre me había inculcado lo poco que valía. El mundo no se iba a parar por mí. Si en el partido de críquet de la Reina, todo se movía y seguía un rumbo fijo, yo no era más que una piedra en el campo que ocupaba un lugar que no merecía. Poca esperanza le queda al que no tiene rumbo pues solo espera la eterna espera. Si no hay camino para mí, solo me queda esperar. Pero, ¿hasta cuándo? Llegué a leer "tómame" en las etiquetas difusas de los botecitos de pastillas.

Pero llegó la adolescencia. No sabía cuál era mi objetivo, ni mi camino y solo me tenía a mí mismo. Con esas cartas que me había repartido el avieso azar, podría haberme hundido, haber pensado que ya nada valía la pena y haberme abandonado. Pero no. Me esforcé en ser una gran persona, en ser alguien a quien yo admiraría, culto y educado, en utilizar siempre la razón y en poder debatir con actitud sosegada y crítica. Quería ser mejor. Mi motivación era pura autocomplacencia, pero también pura ira y resentimiento. Es duro ser bueno, sobre todo cuando estés rodeado de villanos. Si se me permite la arrogancia, yo lo hice.

Un día una nueva compañera llegó al instituto. Al principio, siempre mantuve una relación cortés con ella. Me parecía una chica terriblemente optimista y alegre, me hacía sentir incómodo, lo que me provocaba una gran desazón. "¿Se habría hecho mi paladar a la tragedia y la tristeza, desechando y rehuyendo a todo lo demás?" A pesar de sus esfuerzos por conocerme, nunca me relacionaba de más con ella, pues pensé que más pronto que tarde dejaría de hablarme. Pero el tiempo no me daba la razón. Así como el que se moja con la llovizna sin percatarse, comencé a valorarla como amiga. Había aparecido una persona a la que le preocupaba. Mi madre poco importaba ya. Su violencia hacía tiempo que se había extinguido sin una razón aparente y solo me profesaba una absoluta indiferencia.

Los libros habían sido mi consuelo durante gran parte de mi vida, mi escape de este mundo que no tenía nada para mí. Yo, que siempre me había preocupado por el rumbo que tenía que seguir, preocupado por desconocerlo, por no tenerlo, ahora sí tenía algo… Resonaron en esos momentos las palabras del libro que cuidó mi infancia: "¿Podría decirme, por favor, qué rumbo debo seguir para salir de aquí? Eso depende en gran parte de dónde quieras llegar – dijo el gato". Creo que es redundante decir cómo se llama la chica, ¿verdad?

Segundo premio

De palique

Rafael Sánchez Martínez
CEPA Dulce Chacón

—No recuerdo muy bien quién me ha proporcionado la información que usted me solicita —dijo don Ignacio.— Las noticias más remotas que tengo de la persona que lleva este nombre se escapan a mi memoria. La historia viene de largo... Sí, no me mire así. ¿Le sorprende acaso? ¿Esa cara que pone es de admiración o de bobo? Deje de gesticular o dejaré de hablar con usted. Ya sabe que soy parco en palabras y que no todo el mundo tiene el privilegio de poder escucharme. Créame. Es usted un verdadero afortunado. No piense que está hablando con un personaje cualquiera. Aquí donde me ve, he sido combatiente en dos guerras y de las dos he conseguido salir bien librado, aunque con algún recuerdo. En mi pierna derecha, justo debajo de la rodilla, tengo algunos restos de metralla. Mire, —dijo levantándose la pernera del pantalón— ¿ve esa cicatriz ennegrecida? Es la metralla. Una bomba de mortero que impactó a escasos metros de donde estábamos atrincherados. Agáchese un poco si quiere verla mejor. ¿No quiere agacharse? No importa. Usted se lo pierde.

Aquel día puedo decir que nací de nuevo. No soy muy creyente, pero le puedo asegurar que mientras los obuses caían por todos los lados y las balas silbaban por encima de mi cabeza, tal y corno estaba, tumbado sobre la tierra, con mi cuerpo tan pegado a ella que parecíamos una sola cosa, pues, en aquel momento, y le repito que no soy creyente, creo que recordé todas las oraciones que en la escuela me habían enseñado los curas. Que... ¡Vaya con los curas! ¡Cómo se las gastaban! Entonces aplicaban a rajatabla eso de "La letra con sangre entra". No se libraba nadie de saberse el catecismo. Más de una vez me soltaron un par de hostias y no de las de comulgar precisamente. Estoy seguro de que con aquellos curas ni Dios se habría librado de aprenderse el catecismo. Pero hoy no es el día de hablar de los curas. Otro día si quiere quedamos otro ratito y hablamos de la iglesia, que también tiene su miga.

—¿De qué estábamos hablando? A veces pierdo el rumbo y me trabo un poquito. Aunque, pensándolo bien, aquí el único que ha abierto la boca hasta ahora he sido yo. Pero no se preocupe, no me importa que no sea usted muy hablador. Casi lo prefiero. No soportaría que me interrumpiera cada dos por tres con preguntas inoportunas o consideraciones fuera de lugar. Uno ya tiene sus manías...

—¡Le digo que no me mire con esa cara!... Empieza usted a

parecerse a mi consuegro. Nunca sabía si iba o venía...
Le decía que tiene suerte, pues hoy me encuentro con ganas de hablar y, aunque no tengo muy claro si se va a enterar, le explicaré todo lo que recuerdo de la persona que lleva ese nombre. Déjeme pensar...
Sí, creo recordar. ¿Ya le he dicho lo de la guerra? No... No me conteste. No haga usted ningún esfuerzo por abrir la boca. Será por eso de "En boca cerrada, no entran moscas". No se preocupe, entiendo que no quiera interrumpirme.
También hice mis pinitos en política. Entonces se hacía política con mayúsculas, no el ninguneo de hoy día. ¡Qué debates! ¡Cuánta pasión! ¡Si yo le contara...!
¿Ve a aquella señora que lleva la falda color azul? ¿La que está al lado de la ventana? Está como loca por que le cuente la historia que ahora mismo le voy a relatar.
Una enfermera se acerca hacia don Ignacio y le dice:
—Vamos don Ignacio... Mire que es coqueto. Deje ya de mirarse en el espejo. Está usted hoy muy guapo. Cómo se nota que es su cumpleaños. ¿Cuántos son ya? ¿Noventa y dos? Parece un pipiolo buscando novia. ¿Se ha tomado ya su medicina? No sea remolón... Tómesela.
Por cierto, me pareció que hablaba usted con alguien. ¿No estaría hablando solo? —dijo riendo mientras se alejaba.
—Menos mal que se ha ido. Hablando solo... hablando solo… ¡Ni que uno no tuviera con quién hablar! Menos mal que está usted ahí enfrente, si no esa señora hubiera pensado que hablaba solo. ¡Lo que me faltaba por oír!
Tengo que decirle que tiene usted buen gusto. El traje que lleva es muy elegante y le favorece. Se parece mucho a uno que yo tengo.
Sin ánimo de molestarle, todavía no ha tenido la cortesía de decirme cómo se llama. ¡Ah!... No me lo quiere usted decir... Se empeña en no decirme nada de nada. ¿Acaso le ha comido la lengua un gato...?
¿Sabe lo que le digo? Yo no hablo con desconocidos. ¡Buenos días!

Tercer premio

El Extraño Perfume

José Enrique Pérez Sánchez
CEPA Vista Alegre

La miró fijamente: ella tenía un brillo especial en los ojos; por primera vez en mucho tiempo ella le devolvía la mirada, con los ojos puestos en los suyos, y de repente él se estremeció. Corrió una descarga de electricidad por todo su cuerpo y se sintió raro. Se le escapó una lágrima, ¡joder!, había prometido no llorar nunca delante de ella, que no detectara nunca sus momentos de debilidad, pero esto... Esto era diferente, hacía seis años que le habían diagnosticado su lugar en el mundo, que no era otro que ir perdiendo poco a poco toda noción del tiempo, del lugar donde vives, de las caras de tus seres queridos, de tus recuerdos, de ti como individuo...una putada. Por primera vez en mucho tiempo ella le devolvió la mirada y él se secó la lágrima rápidamente y pudo ver a través de sus ojos el amor que sentía por él. Pudo verlo, aunque ella no supiera quién era exactamente él, aunque solo fuera para ella una cara conocida sin más, una cara que estaba ahí todos los días, unas manos que la cuidaban y la alimentaban, una boca que le hablaba con cariño y la besaba, un cuerpo que tantas veces se había abrazado al suyo, que tantas noches habían sudado juntos, amándose. Aunque ella no supiera quién era exactamente él, le miró con amor. No hay nada más sincero que una mirada. Las palabras pueden engañar, puedes cambiar el tono, decir lo que quieras, sin que la persona que tienes enfrente sepa si estás diciendo la verdad o no. Pero con la mirada no puedes engañar a nadie. Y menos a alguien que te quiere. Se le encogió el corazón. Otra lágrima se le escapó, pero ésta vez se cuidó de que no le viera, simplemente apretó la cara de ella contra su pecho y fijó la mirada en la pared, en una foto de ellos dos, que había colgada entre la puerta de entrada al salón y el mueble-biblioteca, cuando eran felices, cuando ella era una persona. Ahora no lo era. Se hacía sus necesidades encima, no hablaba, no comía porque se le olvidaba, y si por ella fuera se dejaría morir tan tranquilamente que no se iba a dar ni cuenta. El alzheimer es así. Miró la foto con la cara de ella hundida en su pecho, cerró los ojos y recordó.... Estaban en el valle de Arán. Le costó convencerla pero al final accedió a sus súplicas. Tenían una semana de vacaciones y la pasarían los dos juntos en un refugio de montaña, en el tardío invierno de hace veinticinco años, a dos mil quinientos metros de altura, rodeados de montañas nevadas, de sarrios jugando entre las rocas verticales de los valles, de quebrantahuesos surcando y dominando todo el espacio. Allí, mirando el atardecer, el tercer día de estancia, en un mirador desde el que se dominaba todo el valle, después de bailar durante un buen rato, con la compañía de un buen vino, le dijo que no tendrían hijos. Lo soltó así, como quien no quiere la cosa. Le miró y le dijo que vivirían los dos juntos toda la vida, que viajarían, que conocerían los mejores sitios del mundo, Alaska, la Patagonia, Nepal, Europa... Conocieron

culturas, países, gentes, hasta hace seis años, cuando sus mundos, sus cuerpos sudorosos, sus bocas, se fueron separando poco a poco. Ahora, él mira la foto, esa foto hecha durante ese atardecer, cuando pusieron la cámara encima de una roca y corrieron riendo para que les diera tiempo a posar, la foto donde ella sale especialmente bonita, con el viento agitando su cabello, sus inmensos ojos brillantes mirando al objetivo, la cara iluminada por un estallido de fuego rojo, el reflejo del sol muriendo lejos.

Estaba anocheciendo. El cielo estaba despejado y empezaban a pintarse las primeras estrellas. Se levantó despacio y se dirigió sin prisa a la cocina, dejó a su mujer sentada, con la silla de ruedas mirando hacia los amplios ventanales que previamente había abierto para que toda la estancia se inundara de la fragancia de las flores del jardín. El salón se inundó de jazmín y rosas. A ella se le dibujó una sonrisa. Había tomado la decisión días atrás. Cerró primero las ventanas y después la puerta del salón. Se volvió hacia el mueble, rebuscó entre sus discos de vinilo y por fin encontró el que buscaba, "Meddle" de Pink Floyd, ese disco que tantas veces habían escuchado juntos. Lo colocó en el equipo de música y seleccionó "Fearless", y mientras sonaban los primeros acordes de la guitarra de David Gilmour, el aroma de las flores empezó a mezclarse con un olor fuerte a gas que venía de la cocina. Extraño perfume. Llenó dos copas de vino, mientas David cantaba," asciendo sobre la línea de los árboles y las nubes, miro hacia abajo y escucho el sonido de las cosas que hoy dijiste....sin miedo", se sentó al lado de su mujer. La luna ya iluminaba el cielo inundado de estrellas. “Camina, camina con esperanza en tu corazón y nunca caminarás solo". Cerraron los ojos. Las copas se cayeron al suelo. Iniciaron otro viaje. Otro rumbo. Un rumbo a las estrellas.

Cuarto premio

¡Ahí voy!

Carmen Puebla Calvo
CEPA Vista Alegre

No podía parar mientras esperaba sentada en el avión. Estaba a punto de partir. Todas las preguntas se agolpaban en su cabeza, preguntas para las que de momento, no había respuestas.
Miraba por la ventanilla y no podía creer que hacía tres meses exactamente que compró el billete, sólo de ida, sin saber si finalmente pasaría.
La cara de sus amigas, su jefe, sus compañeros… "Me voy a vivir a Berlín". La primera vez que lo dijo, ni lo creía de verdad, hasta que a base de repetirlo y decirlo en alto lo creyó.
Dejar el trabajo, los amigos, fue fácil. Se asombraba a cada paso que daba. Era mayor su deseo de cambiar, que su apego a todo aquello. Romper sus propias cadenas. Para descubrir que sí, que en realidad aquellas ansias de aprender, de conocer, eran mayores que todo lo demás.
Su familia, eso fue lo más difícil, toda su vida estaba sostenida por el amor incondicional de estos, eran su refugio y lo que la impulsaba a continuar. Su sorpresa, cuando al contar sus planes en casa:
-"Hija, sólo tenemos esta vida. Vuela, no mires atrás"
-"Lo sé mamá, pero y ¿si estoy equivocada?"
-"Siempre estaremos contigo"
No podía decir adiós, porque ni siquiera sabía si podría irse…Todo el mundo parecía un poco triste en la fiesta, pero se confesó a sí misma que aunque tenía miedo, estaba feliz por dentro, que todas sus sensaciones eran imposibles de transmitir en palabras, por lo que lo único que pudo decir fue aquello de "¡Hasta pronto AMIGOS!".
"Les habla el capitán Jiménez en breves momentos…" Se abrocha el cinturón, respira hondo y mira por la ventanilla hasta que el avión comienza a deslizarse por la pista. Cierra los ojos y tiene un solo pensamiento: "Ahí voy…"

Cuarto premio

Lagrimas de vida

Luisa Talón Perea
CEPA Sierra Norte

Mi nombre es Hafelti. Soy una rara rosa turca, de las más bellas y también difíciles de conseguir.
Mi cometido era el de embellecer los jardines de algún jeque árabe, pero esto no fue así. El camión que me transportaba volcó y… acabé ¡ahí! Tendida en mitad de la carretera.
Por suerte me encontró un comerciante que se dirigía hacia el Sáhara. Y así fue como de la noche a la mañana fui a parar a un chiringuito en mitad del desierto.
Expuesta, observé todo lo que me rodeaba… cuando se acercó a mí una niña tuareg. La admiración con la que me miraba era más que evidente. Al cabo de un rato, me tomó en sus brazos a la vez que le daba unas monedas al comerciante. Una sonrisa para convencerle de que la escasez de monedas era suficiente. Él le devolvió el visto bueno asintiendo con la cabeza.
Comencé a pensar en la escasez de agua de este lugar. Seguro que éste fue el motivo por el cual sus padres no me recibieron con los brazos abiertos.

Amanecía en el Sáhara esa mañana. La niña no paraba de reír y tararear esa preciosa canción. La madre irrumpió en la habitación trayendo malas noticias. Un animal muerto había caído en uno de los pozos de agua. Redujeron la ración de agua.
- Lo siento pequeña. Tendrás que dejarla morir – dijo la madre.
- ¡Nunca la dejaré morir! - contestó la niña.
Seguidamente, la madre le trajo su ración de agua. Se quedó para asegurarse de que la tragaba. Ella escupía el agua sobre mí. Esto pasó así un día tras otro, un día tras otro…
Los días pasaban, no sin dejar huella, la falta de agua había causado estragos en las dos.
Cada día la niña me daba casi toda la ración de agua. Yo la ayudé dejando de echar hojas y espinas, para que el gasto de agua fuera mínimo. Esto no fue suficiente. Finalmente sólo quedó de mí un tallo delgado y seco. Bajo mis pies la tierra estaba agrietada y yerma.
La niña estalló de impotencia, sin dejar de llorar gritó - ¡CASI MORIMOS LAS DOS Y TOTAL PARA NADA! - Mientras lloraba, sus lágrimas se vertían sobre mí. Al fin se quedó dormida del abatimiento.
Se despertó triste, como lo venía haciendo. ¡De pronto! ¿Qué es lo que veían sus ojos? Un tallo pequeñísimo emergía tímidamente de la tierra. Yo coronándolo con una minúscula rosa. La más bonita y perfecta. Bajo ella desarrollé dos pequeñitas hojas, que abrí a modo de brazos para agradecerle todo lo que había hecho por mí.

Cuarto premio

Con Suerte

Susana Vadillos Pérez
CEPA Daoíz y Velarde

Camino - ¿Qué significaba esa palabra?- se preguntaba el vagabundo en su caminar. Camino a ninguna parte, este cantaba en voz alta. Tan tenue era su voz y débil su estado que ni siquiera las hormigas oían su delirar: este anunciaba cercana su muerte. En la oscura noche buscaba como otras tantas veces un lugar donde dormir, algo que él ya daba por seguro o por lo menos así lo creía.

Se dio cuenta de que aquella noche no era una noche agradable sino una noche fría, helada y lluviosa. Una noche en la que el sueño sería imposible de conciliar, y teniendo eso en cuenta y, antes de quedarse muerto de frío, prefirió agotar su fuerza y continuó su caminar. Su valentía era tal que apodarle como "héroe" le quedaba corto en unos tiempos tan difíciles como estos.

Descalzo, sin abrigo y con prendas resquebrajadas que no ayudaban al hombre a mantener su calor corporal y, por si fuera poco, la mochila que llevaba a cuestas molía por momentos su espalda mojada y helada de frío por el peso que inflingía. Estaba llena de trastos que, aunque no le sirvieran, tenían un gran valor emocional para él. Y fueran lo que fueran, los protegía aunque la vida y su espalda le fuesen en ello.

Fue cuestión de tiempo que el vagabundo llegase a la gran ciudad. Esta estaba impregnada de luces de decoración navideña. Además, al ambiente se le añadían cierta alegría y dinamismo por la multitud de gente que allí se congregaba. El vagabundo contemplaba la felicidad que los demás estaban experimentando y manifestando mediante abrazos y paseos (y la de algún que otro borracho que excedió su felicidad mediante copas y demás). Pasaba ya muy larga la media noche. Más cansado, se sentó sobre los escalones de un banco. Puso su mochila de almohada y, como mantas, unos cartones; saco de entre sus trastos un pedacito de turrón que una buena señora le había dado.

¿Pensaba que allí no se mejoraría? Y se durmió. Al día siguiente, antes de que la luz del día diera sus primeros rayos, cogió su mochila, recogió el cartón y empezó a andar sin dirección. Mientras andaba vio que un perro le seguía. Se quedó con el perrito al que llamó "Suerte".

Pasaron días, meses, y tanto él como su fiel amigo Suerte, ya cansados y frágiles, andaban caminando cerca de la frontera con Francia. Entonces optaron por descansar durante tres días en el mismo sitio.

Sin embargo esa tercera noche helada más y no había nadie en la calle; Suerte le daba algo de calor bajo los cartones.

Al amanecer una señora vestida con abrigo de piel lo encontró con un gesto sonriente, ya sin vida y arropado por su Suerte.

Cuarto premio

Hacia otras rutas

Alegría Fernández García.
CEPA Dulce Chacón

Antes de que la "aurora de rosáceos dedos llegara"… partiste.
Me volví a levantar después de cuatro lunas ausentes y aún seguía necesitando hablarte, aunque la intuición me dijera, con esas palabras que no llegan a articularse pero que las sientes muy dentro, que frenara mi ímpetu, que tan solo soy una pobre diosa que carece del poder del milagro y de convertir los sueños en realidad.
Espera… espera… Me decía con esa voz que no era voz.
Y mientras yo lo hacía, mi loca imaginación bailaba al son de los trepidantes sonidos del corazón que, como un timbal anunciando caminos nuevos, resonaban en mi mente.
Cambiaste el rumbo y partiste, sí, y lo hiciste en busca de esas aventuras que siempre habían marcado tu vida errante, tan errante como las estrellas de las Perseidas, con la certeza de que aun llegando al lugar que ansías, seguirás siendo y sintiéndote nómada…
Como los beduinos del desierto.
En mi dualidad de vida, llena de amaneceres que son noches y viviendo el caos de una existencia sin fantasía, tuve la necesidad de transformarte en árbol, mi árbol…
Mi pensamiento siempre estuvo contigo, alentándote, y eso hizo que crecieses

fuerte, bien arraigado en la Madre Tierra, Pachamama, formando parte de ese conjunto bello llamado bosque, tan lleno de sonidos melodiosos como los del agua al discurrir por el río… O el de la piedra, que más que sonido es *quejío* cuando la pisan y duelen… O el del susurro del aire cuando agita sus hojas en esa danza tribal donde cada una de ellas, en su balanceo, semeja ser un guerrero también nómada en busca de otro suelo donde asentarse.

Hoy presiento tu ausencia en el vacío de la nada y siento necesidad de cerrar los ojos, dormir, huir de la realidad, soñar…

"Deambulo por un monte descalza sintiendo la yerba, curiosa ella, asomar entre mis dedos como queriendo contemplar también la belleza del paisaje.

Voy mirando a un lado y otro sin saber qué busco ni dónde voy. Siento el rumor del río discurriendo cantarín y, acompañando su tránsito, el dulce sonido de una flauta que, hábilmente, toca algún fauno tratando de atraer a las ninfas. De vez en cuando, me asomo para reflejarme en sus aguas claras. La primera vez que lo hago voy vestida con una ropa trasparente pegada al cuerpo, pero en otras sucesivas… Estoy desnuda, solo me adorna una sonrisa de felicidad como presagio de que algo bueno va a suceder. No siento pudor ni vergüenza, solo ansias de vivir lejos, muy lejos, allá donde haya libertad…

Ando entre árboles, esa obra de arte de la naturaleza y, sin saber por qué, mis pies, sin que yo haga nada para ello, se quedan enraizados delante de uno que crece rodeado de plantas silvestres. Algo mágico desprende ese árbol porque mi mente y cuerpo necesitan con urgencia unirse a su tronco y abrazarlo con amor. Lo rodeo… lo beso… siento su energía… Y mientras me embriago de placer, sus ramas caen sobre mí y me abrazan con delicadeza primero…, con pasión después, mientras sus hojas, coloreadas ya de otoño, me hacen caricias al caer llevándome a un éxtasis nunca imaginado. Saliendo de la foresta y viniendo hacia nosotros, tú, Árbol-Hombre, yo, Ilusión-Trashumante, se acerca una figura con el pelo rizado, muy alborotado, cantando una canción acompañándose de una armónica… Es Bob Dylan, que, con esa voz tan peculiar suya, nos deleita con su canción *Los tiempos están cambiando* como preludio de que algo nuevo va a ocurrir. Todo es un orgasmo emocional maravilloso… La vida manifestándose en todo su esplendor en medio de la Naturaleza, hasta que, de pronto, un sonido imponente, semejante al del trueno, aunque nada presagia tormenta, me hace despertar sobresaltada".

Tristeza, mucha tristeza al contemplar que sigo en el lugar de origen.

Todo fue una quimera, un sueño, una necesidad vital de evasión hacia rumbos diferentes donde poder llegar a vivir ilusiones basadas en algo real, pero a la vez, revestidas de irrealidad, ese fracaso que disfraza sentimientos para poder concurrir contentos al carnaval de los sentidos…

Cuarto premio

Sentimientos desde el norte

Francisco José Lada Martín
CEPA La Mesta

Se sentó en el banco y contempló el parque solitario, tan parecido a aquel en el que pasó su infancia, solo que ahora la soledad cubría cada uno de los rincones en los que él había jugado. No cabía duda, había cambiado, al igual que aquel paisaje, su vida seguía y había tomado un nuevo rumbo. Abandonar su hogar fue lo más duro en su vida hasta ese momento; su familia, sus amigos…Y sin embargo ahí estaba, a dos mil kilómetros de la chica que ocupaba cada parte de su mente, todas las noches y todas las mañanas. Con la puesta y la salida del sol, la recordaba.

Pero fue el deber lo que le obligó a dar un paso al frente y subir al avión que no esperaría ante la duda. Aquel viaje era bueno para él, para su vida en general. Pero la mera idea de perderla era algo que no podía soportar, no podía quitársela de la cabeza, lo carcomía por dentro una y otra vez.

Sí, su vida había dado muchas vueltas desde el primer día que jugaba en esos columpios, y él había cambiado con ella, así como el mundo. Sin embargo, siempre buscó salir de su hogar e ir en busca de aventuras en otros lugares. Y era lo que estaba haciendo en ese momento. Y a pesar de todo, una sensación de melancolía le obligaba a mirar atrás. Echaba de menos a su familia y a sus amigos, pero podía soportarlo. Aunque una persona, una mirada y una sonrisa, era más que suficiente para hacer brotar las lágrimas y echarse a llorar.

Respiró hondo y una sensación escalofriante le recorrió el cuerpo. Aquello le valió para, por un instante, olvidarse de su recuerdo. Pero no duró demasiado, pues la única paz que podía encontrar era a su lado. Echó un vistazo a su alrededor y la tristeza del lugar lo estremeció. La ventisca comenzaba a coger fuerza, meciendo con brío las copas desnudas de los árboles. Pronto oiría el fuerte crujido

de la madera y el frío podría con su abrigo, obligándole a resguardarse. Aprovechó el momento de paz, el silencio del lugar. Nunca había estado en un sitio donde el silencio se mantuviera por tanto tiempo. Cuánto tiempo había vivido en la ignorancia, pensando que en aquella estación tan solo había frío, humedad, lluvia y barro. Pero allí era diferente. Primero nevaba durante días, dejando ese escenario cubierto de un suave manto polar. Y una vez cesaba, las constantes temperaturas bajo cero garantizaban la continuidad de aquel paisaje hasta el comienzo de la primavera.

Y esto hizo que una vez más se acordara de aquella chica. Su relación era como el hielo, resbaladiza y fría, pero adictiva. Se encontraban separados por varias fronteras y el poco calor que se podían dar mutuamente quedaba marginado a una brillante imagen en la pantalla del ordenador. Su maravillosa voz ahora llegaba entrecortada. Sin embargo la amaba, y el hecho de que ella le escribiera y le llamara le dejaba ver el mismo sentimiento por parte de ella. Y aquello hacía que su corazón se derritiera. Porque desde España, ella pensaba y se preocupaba por él, esa chica que cerraba los ojos y veía su rostro. Sonrió al pensar en ello.

Suspiró observando el vaho de su respiración. Debía irse, ya que el frío se le metía en los huesos y los temblores empezaban a aparecer involuntariamente.

Se puso en pie como pudo, sintiendo el frío que agarrotaba sus músculos. Y sin embargo se puso en pie, porque en algún lugar, ella pensaba en él, al igual que él pensaba en ella.

Cuarto premio

Tren con destino a "Felicidad" efectuará parada en…

Miguel Ángel González de la Cruz
CEPA Hortaleza-Mar Amarillo

Como todos los jueves desde hacía quince años, Juan y los componentes de la banda que él mismo había formado, "Ciencia Urbana", estaban en el local de ensayo haciendo lo que más les gustaba: "Rock and roll". En ese habitáculo de apenas veinte metros cuadrados, sin ventilación, pasando frío en invierno y calor en verano, era feliz.

Juan, abogado de profesión y músico por vocación, se despidió de sus colegas hasta el próximo jueves, pero no de la música. En la mochila siempre llevaba consigo notas musicales: corcheas, semicorcheas, blancas, negras, una melodía, esa canción que esperaba llegase a sonar en todas las emisoras de radio.

Eran las 00:15 h cuando Juan abría la puerta del apartamento donde residía con su prometida Sara. Se habían conocido en la facultad de Derecho, pero no empezaron su relación hasta dos años después de terminar la carrera, cuando coincidieron en la convocatoria de unas oposiciones,

-Buenas noches, mi amor.

-Buenas noches - contestó ella con tono seco. Parecía enfadada.

-¿Qué tal te ha ido el día? –preguntó Juan.

-¡Estoy harta! ¡No puedo más! - dijo rompiendo a llorar.

Juan fue a abrazarla para consolarla, pero Sara le apartó bruscamente.

-Llevas dos años sin trabajar y sigues jugando a ser "rock star". Así no podemos seguir; las facturas no se pagan con notas musicales.

-Tranquilízate Sara, pronto escribiré…

-¡Ja! Ya estás con tus tonterías -le interrumpió Sara antes de que terminase de hablar-. Esos son tus sueños, pero, ¿qué hay de lo que soñábamos juntos? Queríamos formar una familia, tener hijos, viajar. ¿Te acuerdas? ¿Dónde ha quedado todo eso?

-Todo sigue en pie, cariño, seguimos queriéndonos –contestó Juan.

-No es suficiente. Tienes que volver a tu trabajo y abandonar esa sinrazón.

Juan no le dio demasiada importancia a las palabras de Sara, ya se había enfadado otras veces. "Se le pasará", pensó.

El jueves siguiente, cuando Juan volvió al apartamento después del

ensayo, una sensación de aire gélido cambió el semblante de su rostro. Una carta sobre la mesa, que Juan no fue capaz de abrir, le hizo entender que Sara se había ido. Sujetando la carta contra su pecho, abatido, se tumbó en el sofá con los ojos vidriosos y la mirada perdida. El día sorprendió a Juan en la misma posición en la que se había quedado dormido. Con la mirada fija en el techo, pensó con determinación: "¡La recuperaré!". Pero, ¿cómo? ¿Tendría que renunciar a su otro gran amor, la música? ¿Sería posible no renunciar a ninguna de las dos? Dos rumbos, un destino, ¿qué camino seguir? Las noches estaban siendo largas y frías para Juan, acostumbrado al calor de la sonrisa de Sara. Una noche, de repente salió de la cama dando un brinco; se sentó en el escritorio, cogió papel y bolígrafo y se puso a escribir sobreexcitado, como si no le diese tiempo a plasmar en el papel todas las palabras que impactaban en su cabeza como una lluvia torrencial:

"Cuando la luz se apaga, / cuando no queda nada/ cuando las palabras sobran, / si no se puede mentir.../ Cuando la noche termina, / cuando el dolor acribilla, / las lágrimas se tiñen de negro, / y el corazón se torna gris. / Te has marchado para siempre, / cerrando fuerte las puertas, / dejando atrás sueños rotos, / trapos sucios y horas muertas. / Las vueltas que da el destino / yo no las quiero, / para andar solo el camino / aquí me quedo. (bis)

Cuando se adormece el alma, / cuando no llega la calma, / ni después de la tormenta. / Cuando el día se despierta, / y comprendes que a tu lado /lo único que ha quedado / es el hueco de tu ausencia. / Para qué quiero tus fotos, / para qué mis recuerdos. / No quiero sentir tu aroma, / ni escuchar estos silencios, / cuando las palabras sobran / hasta mintiendo./ Las vueltas que da el destino,/ yo no las quiero, / para andar solo el camino / aquí me quedo. (bis)"

A los seis meses "Ciencia Urbana" estaba de gira por todo el país y sus canciones sonaban en todas las emisoras de radio, especialmente el tema que les había lanzado a la fama, "Las vueltas que da el destino". El próximo sábado 18 de abril a las 22:00 h actuarían en el Vicente Calderón, entradas agotadas. Era su gran noche.

Viernes 17 de abril: Sara recoge el correo de su buzón. Entre las cartas, un sobre sin remitente; en su interior, se hallaba intacta la carta que Sara había dejado sobre la mesa del apartamento cuando dejó a Juan, más una entrada VIP y una nota que decía: "Esta entrada da derecho a conocer al líder de la banda y pasar junto a él el resto de su vida. Este documento es personal e intransferible. Deseo de todo corazón que aceptes esta invitación".

Tren con destino a "Felicidad" está efectuando su entrada por vía 1.

Cuarto premio

Un destello destructor

Miguel Ángel Martínez Martínez
CEPA Gloria Fuertes

Un destello destructor, silencioso pero mágico. Una divinidad propia de un dios. Una tormenta solar. Mi corazón bombeaba a ritmo de un cántico militar. Alcancé la nave, desviándome de la dirección para engullirme a la más pura soledad y oscuridad.
Cuando recobré el sentido, frente a mí, la nada.
Comprobé el funcionamiento de la nave, pero no respondía y busqué desesperado la estación espacial, pero la había dejado atrás, solo me quedaba una cosa, mi cordura, que en ese momento se vio afectada y no volvería a ser la misma.
Mi situación actual es la del cordero indefenso buscando a su madre, perdido, solo...
Y créanme que ese es el problema, la necesidad de afecto, de cuidado, de cariño...
Una simple conversación, una simple mirada...
Mientras comprobaba los víveres de los que disponía y los fallos de la nave, una brecha que podría suponer el final, algo golpeó la zona derecha de la nave. Acto seguido, otro estruendo en el lado izquierdo tumbó la nave y giró varias veces sobre sí misma. "El cinturón de Keppler", pensé, "esto se acaba aquí", me convencí, no por miedo, ni tristeza, no. Por unos instantes sentí libertad, y, curiosamente, me sentí vivo. Ese no era mi final, sino el final de mi esclavitud, de mi exilio...la muerte.

El agobio fue inimaginable cuando un asteroide, me envió dirección a Júpiter, impactaría con él y esto se acabaría, pero esta vez, sí lo sentí... Sus ojos me rodeaban la cabeza, mientras la nave tomaba posición como el águila que divisa y comienza una caída en picado sobre su presa. Pero no sería mi suerte. Algo golpeó la nave y me cambió de rumbo, era algo grande que orbitaba alrededor de Júpiter, algo que destrozó la parte trasera...

Hace unos años que perdí la noción del tiempo. Mi mente oye ruidos en la nave y crea engaños, se está debilitando, no sé cuánto tiempo aguantaré la cordura o cuánto aguantará la comida. He dejado atrás Saturno y Urano. Neptuno, allá voy. He pensado en poner fin a esto, pero no soy capaz. Que Dios me ayude.

Confirmo que Plutón es enano, y no entiendo que me preocupe por esas cosas en mi situación. Creo que intento distraerme para no darle vueltas, pero cada vez lo veo con más claridad, no soy dueño de mi rumbo, pero sí de cómo y cuándo puede acabar este viaje.

Si no me equivoco, he dejado el Sistema Solar atrás, me he leído cuatro veces los cien libros que traía conmigo, he visto todas las películas que encontré en la nave. Está a punto de acabarse la comida que quedaba y creo haber visto a alguien más aquí. He escuchado conversaciones, me estoy volviendo loco.

Oscuridad... Vacío... Siento lo mismo que veo... Nada.

He conocido a alguien, bueno, es el traje espacial que está colgado en la percha, pero lo hablo como si fuera alguien... Como si fuera ella...

Me siento un reo en el corredor de la muerte degustando su última comida, asociando el sabor con la vida eterna, el recuerdo de un estómago lleno para la eternidad, la fuerza necesaria para cruzar, para mantener el ánimo mientras Caronte rema incesante y avanza fijo en su rumbo, mi final.

He escrito mi diario, lo he repasado, he intentado ser lo más claro posible, pero las lagunas son fuertes y el intento de mi cerebro por borrar traumas ha hecho que pierda muchos recuerdos... Recuerdos vacíos... todo esto es absurdo, no servirá para nada, pero mi alma, mi persona, necesita dejar huella, todos queremos ser recordados y recordar conocimiento, y yo, solo, recordando a cada segundo mi insignificancia, mi tragedia, mi odisea. Enfundado en mi traje, abierta la escotilla diviso el horizonte, bello, quieto, esperándome, susurrando mi nombre.

La nada soy y a un salto de la nada me encuentro, abrir la mano para soltar el mango de la escotilla y sumirme en la oscuridad y en el vacío. En lo inexplorado, en lo nunca visto y, aun así, ser insignificante.

Lanzarme al vacío y desaparecer.

Cuarto premio

Mar Siniestro

Waile Hijji
CEPA Tetuán

Mar Siniestro: ese el nombre de mi peor enemigo; las tormentas, las olas grandes, un mar despiadado, la especie de pez más peligrosa, los piratas… Se decía que ese mar es un infierno sobre el agua, pero yo, Pablo Carrato, incluso después de oír sobre todos estos peligros, temblaba de excitación, porque se dice que después de sobrevivir este infierno en el agua, llegarás al paraíso: un lugar exótico, temperatura cálida, riquezas… el sueño de todo ser humano. Se dice que sólo una persona ha podido llegar al destino, esa persona es Bartolomeo "El Valiente", llamado así gracias a su trabajo duro y pasión, que salió victorioso contra el Mar Siniestro, llegando al paraíso. Este hombre tomó riquezas y volvió al país para probar sus logros, pero cuando regresó, todo el mundo se sorprendió, salió del agua solo, sin bote, sin compañeros, nada, solo él con la ropa raída, hambriento, solo quedaron huesos en su cuerpo. Cuando llegó a la orilla dijo: "he cometido un pecado grave contra el cielo, he sido castigado"; nadie entendía estas palabras, unos días después murió… ¿Cómo sé todo esto? Él no era otro que mi abuelo, que me enseñó muchas cosas sobre el mar y yo, como un niño pequeño, siempre escuchando, con mis oídos y ojos pegados a él, era un sueño que quería vivir. Cuando mi abuelo murió, yo tenía doce, al cumplir los veinticuatro, la edad que tenía mi abuelo cuando empezó a navegar, decidí seguir sus pasos y echarme al mar, y así cumplir mi sueño. Después de seis meses con un mar en calma, una noche, de repente sentí una inquietud, no dormí, subí a respirar un poco cuando lo vi… las grandes nubes oscuras que parecían símbolo de muerte, lluvia pesada que parecía que estaba purgando algo, las olas salvajes que parecían engullirlo todo… yo, en ese momento me di cuenta de lo que realmente es el miedo, me di cuenta de lo infantil que había sido pensando que iba a sobrevivir a ese infierno. Mi abuelo me dijo una vez que para hacer frente al Mar Siniestro tenía que estar preparado para morir, por desgracia, no estaba preparado para morir. La corriente estaba llevándome directamente a la tormenta, debía prepararme, aceptar la realidad y hacer todo lo posible para sobrevivir, pero al entrar en la tormenta… cada parte de mi barco comenzó a romperse, todo se desgarró, traté de hacer mi mejor esfuerzo, sostener el barco, pero levanté la cabeza y vi… la ola grande… simplemente me aplastó… después de eso, fue como si estuviera atrapado en un sueño horrible: yo estaba en un espacio oscuro con dificultades para respirar, sin ruidos, dolor… me estaba volviendo loco, pero luego, de repente, sentí un ligero calor, y lentamente traté de mover mi cuerpo, abrí los ojos y lo vi… agua clara como el cristal, arena dorada, plantas de colores, frutas en todas partes… el paraíso… no podía creer a mis ojos, estaba

seguro de que había muerto en el mar; para comprobar si estaba verdaderamente vivo me golpeé, comí arena y me di cuenta de que estaba sangrando y sintiendo dolor, "¡Estoy vivo! ¡Estoy vivo! ¡He batido al mar siniestro!" Seguí gritando estas palabras hasta que perdí mi voz. Durante los siete meses de vida perfecta que estuve en la isla, construí un barco con una madera de la mejor calidad. Decidí regresar para compartir mis logros y riquezas; pero antes de partir, vi una piedra con símbolos extraños que no podía entender y que despertó mi interés, así que dibujé una copia de ella y salí a navegar. Durante nueve meses el mar había estado muy tranquilo, sin signos de tormentas ni peligros. Un día, me encontraba dibujando al mar cuando sentí un golpe en mi barco, me asomé y vi algo irreal: el mar se abría, un gran agujero tratando de comerme, intenté desesperadamente cambiar el curso del barco, pero fue inútil, empecé a pensar en una salida, pero nada… la lucha era inútil, me senté y esperé a morir, el mar me devoró… cuando me desperté, estaba en mi país en la cama del hospital, miré a mi alrededor y vi a un hombre reducido a huesos, pensé que era mi abuelo, pero no… era yo, un reflejo de mí mismo en el espejo. Me dijeron que me encontraron en la orilla, medio muerto en la arena. Paralizado, tropezando por toda la habitación, fui a por el pedazo de papel, ahora que estoy consciente, me di cuenta de algo importante… ¿por qué no había otras personas en ese paraíso? ¿Cómo puede ser que no haya un ser humano en ese paraíso maravilloso? Pasó un rato de silencio cuando de repente un anciano vestido con ropa negra y sucia, no pude ver su rostro porque estaba cubierto, era extraño y tembloroso, se me acercó y me dijo señalándome el trozo de papel: "Tú que traspasas este lugar celestial y no haces caso a la prohibición de sacar sus fortunas y riquezas, estarás infectado con la enfermedad más grave, que te mata poco después de salir de este paraíso; tú serás un pecador y serás expulsado eternamente de los cielos". Entonces recordé las palabras de mi abuelo moribundo. Ha pasado una semana desde que me desperté en el hospital, sólo tengo unas pocas horas antes de que la enfermedad me mate, puedo sentirlo, he estado escribiendo todo lo que me pasó para asegurarme de que la gente no muera por algo irreal, para no cometer los mismos errores que cometimos. Aquí es donde termina mi historia, apenas tengo fuerzas para escribir, pero raramente, incluso sabiendo que voy a morir, me siento extrañamente satisfecho, sí, lo llamo HACER RUMBO.

Cuarto premio

Buscando un Camino

Sonia Luzón Sacristán
CEPA Colmenar

Todo parece perfecto, ideal, el ejemplo a seguir, pero hay una fase de meditación en la que tu mente hace un breve repaso de muchos años en décimas de segundo. Te recuerda cada día que pasa es más doloroso, más irreal, más duro y sientes que estás entrando en el camino de una gran mentira. En ese momento un fuerte impulso interno hace que salgas corriendo desesperadamente, sin rumbo alguno, solo sabiendo que dejas atrás tu eje, tu epicentro, eso que todo el mundo llama "Vida". Huyes delo que a visión de la gente era algo ejemplar, perfecto, armónico, e incluso envidiado por muchos y aun así sigues en tu escapada, sin apenas conocimiento de lo ocurrido, sin mirar atrás, sin parar a pensar, pero teniendo la intuición de que debes marcar una distancia de ese lugar y decidir llamarlo "Pasado".
Transcurre el tiempo y quieres seguir tu carrera, te sientes fuerte, con ganas de encontrar lo que ansías y todo eso que sabes que va a ser color de rosa, eso que ahí llama "Felicidad". Sigues a una velocidad de vértigo y descontrolada, hasta que te ves obligada a parar repentinamente, debes hacer una frenada brusca, en seco, sin avanzar ni un metro más. Llegas al comienzo de un gran precipicio y entonces observas lo que en ese preciso instante te rodea. Todo está muy oscuro, una densa niebla no te deja ver nada, sólo sabes que tus pies están al borde de una caída al vacío y no consigues ver el final, no marca una salida, es una gran incertidumbre, no hay un rumbo.

Atónita, te agachas, te abrazas a tus rodillas como una niña asustada y comienzas a balancearte, sintiendo frío, soledad, miedo y mientras lloras desconsoladamente, gritas, maldices y te desprecias por haberte equivocado, te lastimas de una manera interna haciéndote culpable de haber abandonado ese gran camino que tu destino te había ofrecido.
Tal es el cansancio que dejas que pase el tiempo y piensas que él va ser tu aliado, que es la solución para curar heridas y solventar ese momento tan complicado que te acontece, pero tristemente no es así. La niebla cada vez se hace más espesa y se incremente un desagradable viento que susurra de una manera persistente, el cual se funde en tu cabeza junto con voces enemigas que sin querer te empiezan a acompañar, creándose la pócima perfecta para que te encones aún más y no te atrevas avanzar. Entonces, decides que ya no puedes que te rindes, que debes asumir el error y acoplarte a lo que te depare el destino, por muy duro que sea, que te das por vencida y llegado el momento te impulsas para saltar al vacío, es hora de cerrar los ojos y dejarse caer igual que cuando un avión a la deriva, cuando hace una caída en picado. Dejas los mandos de

tu vida sueltos aun sabiendo que ese final no es nada bueno, que será un rumbo formado por todo lo que reina en la oscuridad, por aquello que día a día hace que estés rodeada de tristes y oscuras emociones y eso puede hacerte caer en la perdición, pero ya todo igual. Con la soledad como copiloto, dejas de respirar esperando tocar fondo.
Inesperadamente, entra en la cabina una azafata llamada Autoestima y te golpea llena de impotencia diciendo que no busques la salida más fácil, que no dejes de perder una oportunidad por muy dura que parezca. En ese momento, despiertas, decides coger los mandos de tu vida, y tiras de ellos hacia ti con una gran fuerza por el coraje y el valor, pero aun así tu avión no asciende lo suficiente y sigues cayendo en picado.
- ¡No te des por vencida!, ¡Suelta peso!, gritaba una pasajera llamada Sabiduría.
Temblando sin saber si sería eficaz, haces caso y empiezas a soltar prendas del pasado, rotas, correosas inservibles, también eliminas gran parte del combustible que afecta negativamente a tu nuevo proyecto y al final abres la compuerta principal para eliminar todos esos pasajeros y tripulación que sólo contrarrestaban, aquellos críticos, esos que te presionaban, que te incitaban a rendirte, que te gritaba y además no apostaban absolutamente nada por ti.
Inmediatamente, te sientes ligera, consigues levantar el vuelo, sobrepasas aquellas feas nubes y dejas atrás ese lugar tan oscuro, esa gran pesadilla. Encuentras un haz de luz, que te ilumina la cara y saca de ti una gran sonrisa como la de una niña adolescente. Ahora si te ves con ganas de decir:

Queridos pasajeros, sean bienvenidos, agradezco la gran ayuda y confianza depositada en mí, ustedes son los elegidos. Serán correspondidos en breve por ello, comienzo elevando mis alas con nuevo rumbo llamado:

"Camino de mi Felicidad"

Cuarto premio

Azul y Castaño

Virginia Hernaiz Sabater
CEPA Ciudad Lineal

Hacía un rato que estaba despierto. Se había prometido a sí mismo que no se levantaría de la cama hasta las siete y media. Iluminando la sencilla habitación, llena de recuerdos, el ronquido de la persiana corriendo por las guías de la balconera dejó entrar la primera luz de la mañana.

Una servilleta de papel, un vaso de agua, una rodaja de pan de ayer y un poco de jamón de anteayer adornaban su lado de la mesa. Sentado ante el austero festín, miraba el almanaque obsequio de la frutería de la esquina colgado en una de las azulejadas paredes de la cocina. Pero lo hacía inconscientemente pues se sabía todo el santoral del calendario día a día. "Hoy es el de mi primo, el de mi amigo Rafael y el de aquel chico de la ferretería. En cambio no conozco a ningún Uriel"- se dijo a sí mismo. Sacó un amplio repertorio de pastillas y píldoras. Se tomó cada una de las pastillas y se miró al espejo. Ya no contaba canas, sino que hacía tiempo que recontaba castaños. Se humedeció el cabello con una mezcla de colonia muy disuelta en agua y se lo echó hacia atrás con su peine de toda la vida al que le faltaban un par de cerdas. Después fue hasta la puerta pero antes se detuvo ante el pequeño espejo del recibidor. Distinto marco con el mismo rostro. Se ajustó el nudo de la corbata sobre su arrugado cuello y salió por la puerta. La bajada era fácil, pero en la subida tendría que aferrarse al pasamano de madera. Recordó cuando por esas mismas escaleras bajaban sus hijos saltando los peldaños de dos en dos, de tres en tres y hasta la olímpica marca de cuatro peldaños a la vez. Miró a través de los cristales de la puerta y levantó dignamente el mentón antes de girar el pomo y poner rumbo a su rutina. A tres calles entró en el supermercado. Fue recorriendo los pasillos hasta que hizo con las cuatro cosas que necesitaba y fue hasta la línea de cajas.

- Uriel tiene ocho años – escuchó. Por unos momentos se quedó en blanco.

- ¿Ha dicho Uriel? – se preguntó en su silencio.- Sí, lo ha dicho.- pensó convencido y levantó la vista para ver el rostro de la voz que lo había desvelado.
- ¿Uriel? Entonces hoy es su santo – por fin le dijo con una inusual sonrisa que le allanaba las sonrisas de la cara.
- Sí, lo es. Mi hija no lo celebra pero de todas formas voy a visitarlos – le respondió la mujer con una sonrisa entre amable y curiosa.
- Pues, felicítelo de mi parte.
- Gracias, lo haré.- le respondió sin apartar la mirada de él.
Y ambos se quedaron mirándose a los ojos, azul frente a castaño. Sentía aquella extraña sensación, perdida y lejana, que aparecería de lo más remoto de su interior y que no podría volver a dejar atrás.
El despertador digital parpadeaba desde hacía tres días. Pero no se molestaría en ponerlo en hora. Siempre dejaba entreabiertos los porticones de la ventana y los primeros rayos entraban en la recargada habitación vacía de recuerdos. Se dirigió a la ventana y acabó de abrir los porticones, dejando ver la fachada del hotel justo donde hace unos años estaba la frutería. Dos piezas de fruta en un plato lacado serían su desayuno. Al acabar se limpió sus arrugados labios con una no menos arrugada servilleta. Tiró las mondas en el cubo de basura y dejó el plato en el fregadero, junto con el vaso de la mesita de noche. Pasó un momento por el baño antes de elegir el vestuario del día en el ropero del dormitorio. Así que se arregló lo mejor que pudo. Bien maquillada y perfilada, bien peinada y deliciosamente perfumada. Salió de casa cerciorándose antes de cerrar la puerta de que lo llevaba todo.
- Tengo que comprarle algo al chiquillo. Tiene de todo- pensó para sí misma.
Se detuvo un momento ante el espejo del hall para echarse un último vistazo. Por fin llegó al supermercado y se entretuvo largo rato charlando con la pescadera. Le quedó tiempo para pasar por el pasillo de los chocolates.
- ¡Qué guapa se ha puesto hoy! -dijo monótonamente el delgaducho cajero en cuya placa desvelaba el nombre de Zeus.
- Sí, hoy voy a ver a mi hija. Le llevaré este chocolate a mi nieto. Ya no se me ocurre qué llevarle – respondió mientras ponía una a una las cosas en la bolsa.
- Son veintitrés con noventa y cinco. ¿Qué edad tiene? -siguió Zeus viendo cómo ella rebuscaba en la cartera más repleta de recuerdos que de efectivo.
- Uriel tiene ocho años -respondió- mientras pagaba al cajero sin apenas levantar la vista.
- ¿Uriel? Entonces hoy es su santo -oyó una voz que venía de atrás. Se giró y vio a un señor que la miraba sonriente mientras colocaba cuatro cosas en la cinta transportadora. Ella le devolvió la sonrisa sin saber qué decir.
- Sí, lo es. Mi hija no lo celebra pero de todas formas voy a visitarlos –respondió amablemente. ¿Quién era ese hombre? ¿Era del barrio? No lo recordaba.
- Pues, felicítelo de mi parte- le volvió a decir.
- Gracias, lo haré – le respondió sin apartar la mirada de él.
No podía apartar su mirada de él. Notaba cómo reencontraba ese sentimiento que hacía tiempo añoraba y que sabía que no podría volver a dejar atrás.

Cuarto premio

Perseverancia

Sonia Olaya Sáez
CEPA Villaverde

"Laura tenía un único sueño desde pequeña, quería ser policía, como lo había sido su padre y como lo era su hermano"
Sin embargo las cosas nunca parecían ponerse de su lado.
Había opositado ya dos veces sin lograr pasar todas las pruebas y se sentía con ganas de abandonar de una vez por todas, pero el apoyo de sus amigos y familia le dieron las fuerzas necesarias para decidir intentarlo una vez más.
Se propuso entrenar más duro y estudiar más que ninguna de las anteriores veces, llegando a, prácticamente, pasar los días del gimnasio a la biblioteca.
Pasaron los meses y se vio superando metas que nunca antes había superado, se sentía capaz, presentía que esta vez podría hacerlo; por desgracia, el destino parecía querer seguir poniéndole trabas en su camino.
Poco después de haber logrado perfeccionar sus tiempos de carrera acorde a los necesarios para tener una nota buena en las pruebas físicas comenzó a notar que flaqueaba, notaba como si le faltara el aire.
Después de prueba médica tras prueba médica su doctor le informó de que tenía un asma estacional.
A pesar de que, en un principio, había pensado en tirar la toalla y no intentar opositar una tercera vez, esto simplemente le parecía un pequeño obstáculo por esquivar en su camino.
Por el asma sus tiempos cayeron por debajo de los mínimos necesarios para pasar la prueba pero ella perseveró y, con ayuda de los inhaladores que le habían recetado, poco a poco logró remontar.
Se vio tan bien que decidió correr una media maratón con su hermano y algunos de los amigos que había hecho durante su entrenamiento y a pesar de que solo había ido a pasárselo bien y a probarse a sí misma que podía hacerlo, llegó al top 10 de corredores.
Sabiéndose suficientemente preparada para las pruebas físicas, se centró aún más en estudiar para las teóricas, que serían posiblemente incluso más duras.
Estudió día y noche y pasó horas en la biblioteca hasta que, finalmente, logró aprobar las dos pruebas y tras ellas las pruebas para las que no podía prepararse, como las médicas. Estaba en el cuerpo…
"Y ahora ahí la ves, a través de los barrotes, terminando el papeleo tras haberme detenido por posesión e intención de venta de material robado y drogas. De esta parte de la familia sí que puede estar uno orgulloso."

Cuarto premio

La paz de mi mirada

Juan González Casado
CEPA Distrito Centro

Hoy estaba demasiado cansada. El frío de este día de enero había hecho que no me apeteciera levantarme. Paco me había traído el desayuno como lo llevaba haciendo sesenta años. Es un hombre bueno.
Hacía tiempo que no me despertaba sin ese sufrido dolor de cabeza que hace que me ponga de mal humor y con el que siempre me viene a molestar gente que no conozco…
Lucía me ha llamado para decirme que viene en Semana Santa con los niños, dos revoltosos que me angustian, pero que llenan la casa de alegría. Nico y el pequeño Arturo, con ocho y cuatro años, son la luz de mis días.
Paco quiere que vayamos a dar un paseo, porque dice el médico que me conviene, que no debo de encerrarme en mi mundo, pero a veces pesa más el agotamiento que las ganas. Aunque solo sea por verlo sonreír, hoy me voy a vestir y a ponerme el collar que me regaló en el 25 aniversario.
Iremos a la plaza del pueblo, agarrados del brazo, aunque no entiendo el porqué de esa manía que ha cogido ahora, si él siempre ha sido muy desarropado, como le digo yo. Él me contesta que es porque quiere que no me separe de su lado.
Compraremos el pan en la tienda de Julia, nos sentaremos en el banco al sol de invierno y veremos pasar a los chiquillos que van al colegio; y a las madres corriendo detrás de ellos. Eso me trae recuerdos de cuando mi niña era pequeña. ¡Qué felices aquellos años! ¡Esa ilusión con la que descubría las cosas y con la que yo se las enseñaba! Ahora le toca a Lucía transmitir eso que yo hice con ella: los valores y la educación que le dimos sus

padres; con un origen muy humilde, pero ricos en amor.
A veces lo hemos pasado mejor; otras, en cambio nos ha tocado ajustar el cinturón, pero no borraría ninguna de las experiencias que me han llevado por estos 84 años desde que nací.
Cuando pienso en la cantidad de veces que hemos buscado en los bolsillos para comprar el pan, entre lo mirado y remirado, y la satisfacción cuando hallábamos en el bolsillo o los sillones esas 50 pesetas… Pero todo lo compensaba el sentarnos los tres junto a la estufa en la mesa y comíamos esa sopa con los restos de los huesos de la comida del día anterior. Sabía a gloria y a amor.
Doy gracias a Dios por la vida, por mi vida, por el rumbo y el camino que me ha traído hasta aquí, pero tengo miedo: miedo de no recordar.
El médico es un chico joven y me trata muy bien. Cuando fui la primera vez a la consulta acompañada de Paco y de mi hija, iba muy enfadada. No entendía esa obsesión que les había dado con que me hacía falta.
Yo dolores no he tenido nunca. Como decía mi madre: " eres tan dura como el hierro", pero otra cosa es la cabeza…
Cada día me levanto y tengo la misma angustia: ¿ Volveré a sentirme así, o quizás será como hoy, que me encuentro lúcida y animada?
El doctor me dijo que no me preocupase, que siempre tendré a alguien de mi familia a mi lado. Paco nunca se separa de mí. Desde que nos jubilamos siempre hemos estado juntos. Y es que el amor (cocinado a fuego lento, como ha sido el nuestro, de los tradicionales, de los de el primero y único) es uno de los logros de los que me siento más orgullosa. Con mi cabeza bien alta puedo decir que soy y he sido lo que he querido, he amado y sufrido, he llorado y sonreído. Todo lo que soy son mis recuerdos.
Puede que mañana no pueda hablar, que mi mirada se quede vacía, como la de las personas de la residencia donde me atendió el doctor, pero siempre dejaré ese arconcito dentro de mi corazón, atrapado dentro de mi mente, en el más interno espacio de mi alma, allá donde los recuerdos me harán esbozar un brillo en mi mirada, para que mi Paco y Lucía, mis nietos y mi yerno sepan que, aunque yo no les hable, siempre seré parte de ellos.
Puede que el alzhéimer se lleve lo que no puedo controlar, pero nunca se llevará lo que he logrado: mi familia, mi verdad.
Mañana volverá a salir el sol, y seguiré hacia delante. Y alguna batalla estoy dispuesta a perder, pero solo porque estaré tomando impulso; ganaré.
Esta noche, después de cenar, de apagar las luces como cada noche, de que se quede dormido Paco escuchando en su transistor su programa favorito sobre vivencias de gente que llama y que cuenta sus problemas, llega mi momento, en el que brota esa lágrima en silencio, mitad llanto y mitad alegría, para que nadie se preocupe por mí.
En la penumbra, con la luz del despertador, me empiezo a encontrar angustiada. Paco, dormido, me abraza. Me siento feliz. Ahora podré dormir…

Cuarto premio

La Relevancia

Julián Castro González
CEPA SAN SEBASTIÁN DE LOS REYES

Empieza así, con un "adiós" infinito. Ambos conocemos lo que significa pero no lo queremos decir; nos limitamos a mirarnos y entre nosotros surge un espacio. Llega ese punto en el que nos olvidamos de todo lo que anteriormente habíamos vivido juntos, todo se desvanece dando paso a lo nuevo y así termina lo que buenamente empezó. Un escritor francés dijo: «El amor y la muerte suelen ir cogidos de la mano». Y qué razón tenía, pues el amor tarde o temprano se acaba desvaneciendo, porque la niebla no dura eternamente, y esta tiene que desaparecer para dar paso a un nuevo día, y la luz de ese día es más y más radiante aún y antes de desaparecer con ella y consumir lo poco que queda de lo nuestro, he querido dedicarte este poema que antaño escribí para ti…

Y es que hoy estoy aquí tumbado mirando a la nada… deslizando mi pluma sobre el papel para escribir todo esto y esperar a que te despiertes mañana.

Es algo de mi saber que la etapa más feliz de nuestras vidas es cuando eres un niño y nada importa: solo te limitas a acariciar las aventuras y desvanecer las preocupaciones. Pensar que cuando eres un niño eres tan frágil y vulnerable… Pero tu felicidad siempre permanece contigo. «Como un niño con zapatos nuevos». Supongo que ya habrás oído esa frase más de una vez, pero nunca la has profundizado. Oímos y asistimos a veces de manera errónea, pensamos y creamos. ¿Cómo un niño puede sucumbir a tanta felicidad por algo material? Eso solo tiene sentido cuando eres joven e inocente, pues para él esas zapatillas le hacen volar, no correr más o estar más cómodo con ellas: VOLAR aprovechando que aún vive en esa inocencia.

Una vez el artista explota todo aquello que siente, lo materializa en su lienzo, poniendo carne y sudor en él. Crear desde el blanco un océano de mundos. El artista cierra los ojos, sonríe y posa su pincel sobre el lienzo creando la más absoluta perfección, pues solo los que vivimos la ficción creemos que eso es posible.

Y termina como empezó, en un rumbo infinito, pues es imposible crear algo de cero por mucho que te esfuerces.

Ahora mismo no te puedo mentir, ahora mismo me siento como el niño que he mencionado anteriormente y, a su vez, como el lienzo de aquel artista. Es una perfección difícil pero alcanzable, porque todo lo malo que vivimos en nuestras vidas es de algún modo necesario, porque los malos momentos nos hacen darnos cuenta de lo importantes que son los buenos, por qué a veces tomamos decisiones equivocadas para llegar al lugar correcto.

Seguro que te cuesta entender todo esto, pero no te preocupes, solo es un bla bla bla y cada vez será más fácil de entender.

PD: son las 4:00 de la mañana y no dejo de pensar en ti, pues es así como debió acabar.

Dª. REGINA DE BEDOYA PIQUER

Cierre del Acto

Actuación musical, Orende el Mito

Francisco Roldan López (Bajo); José Manuel Bueno Sobrino (Batería); Santiago Rubio Martínez (Guitarra Rítmica y composición), Inés Macho Pérez (Vocalista y composición); Julio Antonio Sanjuán López (Guitarra solista).

XI

CEPAS

CIUDAD LINEAL
COLMENAR VIEJO
DAOÍZ Y VELARDE
DISTRITO CENTRO
DULCE CHACÓN
GLORIA FUERTES
HORTALEZA
LA MESTA
S.S DE LOS REYES
SIERRA NORTE
TETUÁN
VILLAVERDE
VISTA ALEGRE

2017

Comunidad de Madrid
CONSEJERÍA DE EDUCACIÓN, JUVENTUD Y DEPORTE

¡MADRID!
DISTRITO CIUDAD LINEAL